

El narrador fidedigno: problemas de autoacreditación en la obra de Bernal Díaz del Castillo

SONIA ROSE DE FUGGLE

Université Sorbonne Nouvelle,
París III-Rijksuniversiteit Leiden

Bernal Díaz del Castillo ha sido, a través de los siglos, uno de los cronistas de Indias más utilizados, citados y criticados. La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* fue libremente utilizada en manuscrito por Antonio de Herrera y, ya en la edición de 1632, por otros cronistas e historiadores, desde el siglo XVII, hasta nuestros días. Asimismo ha sido objeto de numerosas traducciones y es, después del *Quijote*, el libro más traducido del español a otras lenguas. Más aún, Bernal Díaz es en la actualidad, a juzgar por el número de ediciones, el cronista más leído, no sólo por su valor histórico, sino, sobre todo, por el placer que proporciona su prosa.¹

El rasgo más característico de la obra y que pervive, una vez que su mundo narrado se ha confundido con el de nuestras otras lecturas, es el "yo" del autor-narrador. No hay lector que no lo note ni crítico que deje de resaltarlo como rasgo evidente del egotismo (innegable por otra parte) del autor, aunque las simpatías que despierta el personaje llevan también al intento de disculparlo. Sin embargo, nadie se ha detenido a analizar ese "yo", que, creemos, no sólo nos revela el carácter del autor sino que nos puede llevar a comprender mejor su obra.

Bernal Díaz no es ciertamente el primer escritor que irrumpe con un "yo" en la literatura universal; pero hay una gran di-

¹ Es, junto con el *Cid*, el *Quijote*, el *Lazarillo* y *La Regenta*, una de las escasas obras de la literatura española que han merecido ser incluidas en la conocida colección inglesa *Classics* de Penguin.

ferencia entre ese "yo" y, por ejemplo, el de un San Agustín o, para el caso, de un Guzmán de Alfarache, los cuales, luego de la conversión, se repliegan sobre sí mismos, examinando su conciencia, ordenando la vida propia en relación con su temporalidad humana y narrándola como ejemplo para los demás. Aunque mucho más reflexivo de lo que se le ha concedido hasta el presente, el "yo" de Bernal Díaz no se repliega, sino que se proyecta *ad extra*. Su necesidad de narrar ha surgido de un hecho único, el descubrimiento y conquista de América y de una situación nueva, la del individuo que escribe al margen de la metrópoli y sin sanción real. Su "yo" se hermana con otros surgidos de estas mismas circunstancias, tal el de Colón, el de Alvar Núñez o incluso el del Inca Garcilaso. Y esta voz que clama es una de las que inaugurarán un discurso político, beligerante, que busca imponer su visión de los hechos —discurso que será característico de nuestra literatura (Chang-Rodríguez). Antes de que Sartre inaugurara el término, la literatura iberoamericana ya era *engagé*.

Nos parece de considerable importancia identificar y caracterizar a estos narradores, ya que es su labor febril la que configura formalmente sus textos y los diferencia entre sí. En el presente artículo nos proponemos simplemente observar la labor de un autor-narrador en uno de los problemas claves que, junto con muchos otros escritores, debe enfrentar: el hacer creíble su historia.

Bernal Díaz comienza a redactar la *Historia verdadera*, sobre la base de su relación de servicios y otros documentos, entre 1541 (viaje a España) y 1553, cuando Alonso de Zorita nos dice haber leído un borrador de su obra.² Según testimonio del autor, termina de trasladarla en 1568 (ccx: 584),³ pero no será publicada hasta 1632. Estas fechas nos permiten situar la *Historia verdadera* en su época, la cual, como es bien cono-

² "Bernaldo Díaz del Castillo, vezino de Guatemala, [...] me dixo, estando yo por oydor en la Real Audiencia de los Confines, [...] que escriuía la historia de aquella tierra y me mostró parte de lo que tenía escrito; no sé si la acabó, ny si ha salido a luz..." (Zorita 23-24).

³ Remitimos al número del capítulo y al de página de la edición de J. Ramírez Cabañas.

cido, está marcada por la polémica y la vitalidad crítica. Los estudios dedicados a la problemática del discurso histórico y su situación en el siglo XVI son numerosos. Baste para el presente artículo recordar la confusión existente en el siglo XVI entre discurso histórico y discurso de ficción, ocasionada principalmente por relatos mentirosos surgidos a la sombra de la Historia y que reclaman legitimidad histórica, escudados por el entramado de autoacreditación que construyen. Esta situación será llevada a su extremo por Cervantes, quien se aprovechará de ella. Para el historiador, por el contrario, representa un agravante y un problema que, por hallarse en la naturaleza misma del discurso histórico, no podrá resolver. A partir de este momento, el historiador sabe que no podrá cumplir con la meta a la que, según Aristóteles, debe aspirar la Historia, a saber, narrar los hechos tal y como sucedieron.⁴

Así, tenemos a comienzos del siglo XVI dos discursos nuevos: la novela, cuya suerte bien conocemos, y los "escritos de Indias", de los cuales, desde el punto de vista narrativo, sabemos poco. Sin pretender establecer una tipología,⁵ distinguimos un grupo de textos que se caracterizan por:

- 1) la irrupción del "yo" testimonial, sobre el cual reposa el entramado de autoacreditación;
- 2) el propósito no documental, sino refutativo y persuasivo, en el cual el autor busca imponer una actitud ideológica;
- 3) la problematización de la propia escritura: el autor es consciente de que debe convencer a un público y sabe que los reclamos de veracidad de la novela y la situación particular desde la que escribe minan su credibilidad, lo cual lo lleva a reflexionar sobre su acto mismo de escribir.

Paralelamente a esta situación, y como lo han dejado establecido numerosos estudios (Mignolo 1981 y 1982), las Indias van tomando forma en la mente europea. Surge así una enorme cantidad de prosa que intentará describirlas, evaluarlas, definir-

⁴ Ver Riley; Wardropper; Forcione; Nelson.

⁵ Pensamos en los numerosos y valiosos trabajos de Marcel Bataillon, Edmundo O'Gorman, y John H. Elliot, entre otros.

las, en una palabra, asimilarlas al mundo cultural europeo. Por una parte, la corona desea "saber". Como consecuencia de esta política, se nombra un cronista oficial que escriba la historia de las nuevas tierras y se solicita de los funcionarios información sobre éstas y sus habitantes; como bien es sabido, esta encuesta hallará su forma final en el Cuestionario. En consecuencia, se escriben desde Indias historias y relaciones "por encargo" y con sanción oficial. Al mismo tiempo, los religiosos llevan a cabo una gran labor de "rescate" de las culturas indígenas, historian los hechos de sus respectivas órdenes o entran en polémica para defender al indio. A menudo, esta prosa también ha sido producida "por encargo", y, aún cuando no sea así, su autoridad emana de la obvia probidad del escritor y está avalada por la orden a la que pertenece. Existen, sin embargo, otros españoles estacionados en América que tomarán la pluma para no soltarla más: los criollos.⁶

Los escritos de estos hombres suelen tener como osamenta documentos tales como probanzas y relaciones de servicios, y su escritura misma suele responder a propósitos muy claros, a saber, defenderse de "los suos enemigos malos" y disculparse por estrepitosos fracasos (Colón, Cortés, Álvar Núñez), refutar versiones oficiales y escritas de los hechos (Jiménez de Quesada, el Inca Garcilaso, Bernal Díaz), o dejar grabados sus nombres con letras de oro en la historia sagrada (Colón) o humana (Bernal Díaz). A pesar de las diferencias, que no pretendemos ignorar, importa destacar que todos estos hombres, por uno u otro motivo, escriben desde el banquillo de los acusados; sus narraciones buscan refutar lo dicho e imponer la versión verdadera de los hechos, es decir, la suya propia. Como todo escritor, tienen la necesidad de despertar y mantener el interés del lector, pero, como historiadores, tienen que lograr que se dé crédito a la gesta que narran. Más aún, como todo orador, tienen que lograr convencer a un auditorio, no sólo de que su discurso es verdadero, sino de que es el más verdadero. Lo que estos histo-

⁶ Incluimos dentro de la categoría de criollo a todo un grupo de hombres nacidos en España, que pasaron a Indias de jóvenes, para allí echar sus raíces; ellos son los primeros encomenderos, los "peruleros enlutados", los "verdaderos conquistadores" cuyo vocero será Bernal Díaz.

riadores buscan es obtener, a través de su discurso, resultados tangibles; es decir, ganar un pleito en el cual son ellos los acusados. Estamos frente a un discurso no expositivo, sino apelativo, donde la *narratio* está supeditada a la persuasión y funciona como prueba de la argumentación. El éxito de ésta, como ya lo señalaba la retórica clásica, depende del grado de credibilidad que posea la materia o de aquel que el orador le sepa dar.⁷

Bernal Díaz, como otros cronistas, se enfrenta al problema de relatar lo increíble a un público lejano y de tener que lograr que éste le crea. Más aún, su historia tiene la pretensión de reemplazar, por más verídica, a una historia oficial, la de Gómara. Pero, ¿sobre qué fundamentos? Bernal Díaz sabe que sólo posee una carta, y el juego lo obliga a usarla desde el comienzo: “lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente...” (xxxv): la suya es una historia que nos ofrece los detalles, la información, la interpretación que sólo aquel que allí estuvo nos puede proporcionar.

Ahora bien, Bernal Díaz sabe que su posición no es ideal: el grado de credibilidad que posee su materia es débil, con el agravante de ser él mismo el sujeto enunciante y por lo tanto el único garante de su propia veracidad —situación similar a la de cualquier orador. ¿Cómo lograr que su voz suene más alto y sobre todo más verdadera que la de Gómara, la de Illescas, la de Jovio? Aristóteles, en su *Arte retórica*, refiriéndose a cómo debe el orador trabajar a su auditorio, recalca que “es necesario atender, no sólo a que el discurso sea apodíctico y fidedigno, sino también a *cómo ha de prepararse el mismo orador* y a *cómo ha de predisponerse al juez*” (Aristóteles 150).⁸

Posteriormente, al estudiar de manera más profunda las pruebas del argumento, establece tres: “unos radican en el carácter del que habla, otros en situar al oyente en cierto estado de ánimo, otros, en fin, en el mismo discurso” (Aristóteles 119).

⁷ Heinrich Lausberg dice que: “Si una materia representada por una parte tiene ante el público sólo un grado medio o débil de la credibilidad preliminar, la función del discurso consiste en alcanzar para el propio punto de vista de la parte, por persuasión, un grado alto de credibilidad...” (Lausberg 30).

⁸ Las cursivas son nuestras en todas las citas del presente artículo.

Respecto a las primeras, especifica que:

Por el carácter, pues, cuando el discurso se pronuncia de tal manera que hace digno de crédito al que lo declama; porque a las personas de buenas costumbres las creemos más y antes, en todas las cosas simplemente y en las que no existe absolutamente seguridad, sino doble opinión, también enteramente [...]. En el arte no hay que considerar *la honestidad del que habla como de ninguna importancia para la persuasión, sino que se puede decir casi que el carácter representa la prueba más definitiva* (Aristóteles 119).

Pero no es sólo la honestidad la única cualidad que Aristóteles exige de los oradores:

De que los oradores sean dignos de crédito se señalan, pues, tres causas: porque tres son las causas que nos mueven a creer fuera de las demostraciones: la prudencia, la virtud y la benevolencia. [...] Es, pues, necesario que el que parezca poseer en sí todas estas cualidades resulte digno de crédito a los oyentes (Aristóteles 150).

Bernal Díaz, con su vocación por el debate, sabe lo que se exige al orador, no a través de Aristóteles, sino gracias a la experiencia de una vida pasada en gran medida entre disputas y peticiones legales, que deben de haberle enseñado no poco del arte de persuadir. Consciente de que el grado de credibilidad de su materia era escaso y de que la posición de testigo es un arma de doble filo, el autor deberá convencernos de la verdad de su versión de los hechos. Su estrategia se basa en la autoacreditación de su persona y en el apuntalamiento de su testimonio a través de un intertexto probatorio. Es al primero de estos factores al que está dedicado el presente artículo.

1.1. El elegido

Al igual que los poetas de la Edad Media, muchos de los escritores de memorias comienzan sus obras encomendándose a Dios y agradeciéndole por haberlos salvado de grandes peligros. Tal, por ejemplo, el caso de Ramón Muntaner:

... es raho q'faca moltes gracies a nosstre ssenyor ver deus, e ala ssua beneyta mare madona ssancta Maria, e a tota la cort celesstial, de

la gracia, e de la marce q' ma feyta, e de mollts perills q' ma gitat, e esscapat [...] ssegons que auant porets entendre en los feyts qui en mon temps sson esstats... (Muntaner Prólogo).

Muntaner, sin embargo, va un paso más allá y dedica el primer capítulo a narrarnos "Com vna vissio vench al llit den Ramon Muntaner e lui feu començar aquest libre". Bernal Díaz, que evita todo episodio supraterráneo, no se anima a tanto. Sin embargo, encontramos la misma idea de haber sido salvado por la Providencia con un propósito determinado: testificar la verdad de lo visto y lo vivido. Dice así en la *Historia verdadera*:

Y Dios ha servido de guardarme de muchos peligros de muerte, así en este trabajoso descubrimiento como en las muy sangrientas guerras mexicanas [...], para que diga y declare lo acaecido en las mismas guerras (i: 3).

Las disculpas de Bernal Díaz por no poseer alta retórica,⁹ revelan una aguda conciencia de no cumplir con las condiciones exigidas institucionalmente a los historiadores. Según el padre Las Casas, por ejemplo, éstos deberán ser "...varones escogidos, doctos, prudentes, filósofos, perspicacísimos, espirituales y dedicados al culto divino..." (Las Casas 5). Esta misma idea se encuentra en la definición de Cabrera de Córdoba (1611), es decir, la historia como "narración de verdades, por hombre sabio, para enseñar a bien vivir", que resume de esta manera un modelo ya popular en el siglo XVI (Mignolo 1982 78). Aún respaldado, pues, por una visión de la historia que hace hincapié en lo visto y lo vivido (Frankl) y por una amplia utilización del tópico de la *captatio benevolentiae*, Bernal Díaz era consciente de que su reclamo a ser escuchado y creído carecía de fuerza. Para paliar esta situación, el autor de la *Historia verdadera* se acoge al *topos* de haber sido elegido para testimoniar: no es él quien se decide a escribir, ya que se sabe indigno de tal tarea, sino que lo hace por expreso designio divino, para que haya memoria de sus hechos y de los de sus compañeros:

⁹ "...como no soy latino no me atrevo a hacer preámbulo" (Prólogo xxxv); "...porque de sabios siempre se pega algo de su ciencia a los idiotas y sin letras como soy yo..." (ccii: 590) son algunos ejemplos.

También me quiero yo poner aquí en esta relación, a la postre de todos [...], y doy muchas gracias y loores a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen Santa María [...], *que me ha guardado que no sea sacrificado [...] para que ahora se descubran y vean muy claramente nuestros heroicos hechos* y quiénes fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos esta parte del Nuevo Mundo y no se refiera la honra de todos a un solo capitán... (ccv: 572-73).

Entre todos los hombres que participaron en la gesta, sólo él queda, sólo él ha sido guardado para dar testimonio. Como ya hemos visto, su derecho a la palabra no le viene de su buena retórica, ni por sanción de los hombres: como los apóstoles, él será testigo. Esta auto-adjudicación de una misión divina le da un sentido trascendente a su escritura.

1.2. Probidad de su persona

1.2.1. *Un hombre de calidad*

Ya poseedor de una misión cuyo cumplimiento lo mueve a escribir, Bernal Díaz pasa a caracterizar su persona narrativa como la de un hombre de calidad. No deja de ser curioso que la inclinación democrática de nuestro siglo haya visto en Bernal Díaz el símbolo de la reivindicación de las huestes olvidadas (Iglesia 17). Como veremos, una lectura atenta nos revela que es con los capitanes e hidalgos con quienes Bernal Díaz se identifica y que, aun cuando su "nosotros" se refiere a los soldados, apunta a los hidalgos que hay entre éstos y nunca a la soldadesca.

Desde un comienzo, el narrador se presenta en su cargo de regidor y como hijo de regidor y de fieles vasallos de su Majestad: "Y como mis antepasados y mi padre y un mi hermano siempre fueron servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos [...], quise parecer en algo a ellos..." (i: 3).

Está asimismo emparentado con Francisco de Lugo ("...que éramos algo deudos yo y Lugo y de una tierra" (xlii: 71) y con los Velázquez. Al enumerar, por ejemplo, a los caballeros que salieron de casa del gobernador para unirse a la expedición capitaneada por Cortés, nos dice: "Y yo me quiero poner aquí a

la postre, que también salí de la misma casa de Diego Velázquez, porque era mi deudo..." (xx: 34).

Al comienzo de la narración, viendo que Cuba ha sido recientemente pacificada, decide partir, pero no lo hace solo, sino con "...ciertos caballeros y personas de calidad [...] [con quienes acordamos] de demandar licencia [para ir a Cuba]..." (i: 3).

La admiración de Bernal Díaz por los bien nacidos es ostensible. A lo largo de toda la obra se preocupa por resaltar a los hombres de calidad, a quienes se arrima. A comienzos del relato, por ejemplo, llegando a Trinidad, son aposentados por "los más principales de aquella villa", y es allí donde se unen a la expedición de Cortés numerosos caballeros "...y otros hidalgos [...] y todas personas de mucha valía". Cortés escribe a Santisteban "para traer a sí muchas personas de calidad", todas "personas muy generosas" (xxi: 35) que deciden partir hacia la Nueva España, añadiendo brillo a la expedición. Asimismo, en la Habana se unen a sus tropas varios vecinos, "...y todas personas de calidad..." (xxiii: 38).

Su menosprecio por la gente soez y baja es evidente a lo largo de toda la obra; daremos como ejemplo el caso de un tal Trujillo, quien se comporta groseramente para con Montezuma. Bernal Díaz condena el hecho y, cediendo la palabra a Ortegulla, hace que éste explique al emperador (y a nosotros lectores) que esto no es de extrañar viniendo de un "hombre que solía andar en la mar y que no sabe de policía ni de buena crianza..." (xcvii: 188-89).

Muy temprano, aún antes de comenzar, no sólo con la intriga, sino con la *narratio* misma, el narrador nos ha declarado su código de acción y de vida:

siempre tuve celo de buen soldado, que era obligado a tener, así para servir a Dios y a nuestro rey y señor, y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida, e ir de bien en mejor (i: 3).

Por el momento, esta aseveración no tiene otro respaldo sino su palabra, pero posteriormente será reforzada con otro recurso. Durante la "prisión de Montezuma", que el narrador nos relata lentamente, gozando con el lujo y la grandeza de la que fue

partícipe, Cortés ordena se haga acato al prisionero, ante lo cual Bernal Díaz comenta: "...puesto que no había menester mandarlo a muchos de nosotros, que le velábamos [...]; él bien conocía a todos y sabía nuestros nombres y aun calidades..." (xcvii: 188-89).

Efectivamente, Montezuma sabía "de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero y cuál no..." (xcvii: 188-89), y consideraba a Bernal Díaz entre aquellos, a juzgar por la india "hija de hombre principal", el oro y las mantas que le otorga en una memorable escena (xcvii: 189). Aquí vemos el arte del autor: no es ya el mismo Bernal Díaz quien clama la nobleza de su condición, sino Montezuma el que, con su actitud, la está garantizando y reforzando. Más aún, sirviéndose de la ilusión de realidad que produce el discurso directo, el narrador da un paso atrás y cede la palabra al ilustre prisionero, quien dice a Orteguilla, el paje: "De noble condición me parece Bernal Díaz" (xcvii: 189). De esta manera, es el mismísimo emperador de los aztecas quien garantiza la calidad de la persona de nuestro autor.

Así consagrado, pues, no debe extrañarnos que Bernal Díaz se incluya dentro de la flor y nata de la caballería:

...y allí poblamos toda la flor de los caballeros y soldados que habíamos salido de México a poblar con Sandoval, y el mismo Sandoval y el mismo Luis Marín y el capitán Briones y *yo y otros muchos caballeros y personas de calidad*, que si los hubiese aquí de nombrar a todos es no acabar tan presto... (clx: 393).

1.2.2. *Su calidad moral*

Bernal Díaz redondea su imagen de hombre virtuoso añadiendo a su nobleza la calidad moral que a ésta corresponde. Se autorretrata, pues, como hombre recto y justo, buen amigo, soldado valiente y sufrido, cristiano y leal vasallo.

La rectitud del autor queda ya manifiesta desde el "prólogo" (capítulo i), donde nos confiesa:

No se me puso por delante la muerte de los compañeros [...], ni las heridas que me dieron, ni fatigas ni trabajos que pasé [...]. Siempre

fui adelante y no me quedé rezagado en los muchos vicios que había en la isla de Cuba, según más claro verán en esta relación... (i: 3).

Es, asimismo, un buen amigo: cuando le ofrecen los pueblos de Matlatán y Orizaba, con buenos indios y de mucha renta, "...no los quise, por parecerme que si no iba en compañía de Sandoval, teniéndole por amigo, que no hacía lo que convenía a la calidad de mi persona..." (clx: 393).

Sus dotes de buen soldado están ejemplificadas a través de numerosas anécdotas e historietas. Veamos sólo un ejemplo donde, una vez más, Bernal Díaz se consagra "objetivamente", a través del juicio y las palabras de un tercero:

...Y aún Sandoval [...] dijo a Cortés que me halló a mí y a otros soldados batallando el agua más de la cinta [...]; que si por nuestras personas no fuera, que mataran a todos los soldados y capitán que dentro venía y porque dijo de mi persona otras loas [...], yo aquí no lo he de decir, porque otras personas lo dijeron y se supo en todo el real de Cortés y el nuestro, no quiero aquí recitarlo... (clii: 354).

Pero, además del valor, la cualidad más apreciada por sus superiores parece haber sido su astucia. Así, en más de una oportunidad, Bernal Díaz salva a las tropas (y sus capitanes) de morir de hambre y de sed: durante la campaña de México busca agua en Xochimilco (cxlv: 317-18), y, según nos cuenta en dos anécdotas memorables de la guerra de las Hibueras (clxxvi: 467-68), salva a las huestes y sus capitanes de morir de hambre. Cortés, conociendo estas habilidades de Bernal Díaz, lo envía en misión especial a traer bastimentos:

Y luego vino Sandoval otra vez a mi rancho y me dijo por ruegos que fuese con otros dos compañeros, los que yo escogiese; porque decía Cortés que, después de Dios, en mí tenía confianza que traería recaudo... (clxxviii: 475).

El sentido que tiene Bernal Díaz de su deber como buen cristiano y leal vasallo queda claramente expresado cuando aclara que los que se oponen a lanzarse a sitiar México son soldados que dejaron indios en Cuba,

...que yo y otros pobres soldados ofrecido teníamos siempre nuestras ánimas a Dios, que las crió, y los cuerpos a heridas y trabajos hasta

morir en servicio de Nuestro Señor Dios y de Su Majestad... (lxxix: 137).

Aquel que nos habla es, además de todo lo anterior, justo: durante su incursión en Chiapas, un pueblo se entrega pacíficamente, pero aún así el escribano Diego Godoy aconseja a Luis Marín que esclavice a los indios. Ante esto,

...yo repliqué que no se herrasen, que no era justo, porque venieron de paz, y sobre ello yo y Godoy tuvimos grandes debates y palabras y aun cuchilladas [...]. Y el capitán Luis Marín, como era muy bueno y no era malicioso y vio que no era justo hacer más de lo que pedí por merced [manda no se esclavice a los indios]... (clxvi: 427).

Más aún, en un capítulo dedicado enteramente al tema de la esclavitud (ccxiii), Bernal Díaz nos relata que fue en Guazacualco (Coatzacoalcos) donde por primera vez se quebró el hierro del rescate:

...y como regidor más antiguo y persona de confianza me entregaron el hierro para que le tuviese yo y un beneficiado de la villa [...]; muy secretamente quebramos el hierro sin dar parte de ello [...] y en posta hicimos mensajero a México al presidente don Sebastián Ramírez [...] y le hicimos saber cómo le quebramos el hierro, y le suplicamos, por vía de buen consejo, que luego expresamente mandase que no se herrasen más esclavos en toda la Nueva España (cciii: 601).

1.3. El mejor informado: "Yo soy aquel..."

Hasta aquí hemos ido examinando de qué manera la persona narrativa de Bernal Díaz va cobrando forma en la mente del lector como la de un hombre noble y probo que contará lo ocurrido tal y como pasó. Queda ahora preguntarnos, sin embargo, cuánto vio y vivió, qué saber especial posee de los hechos cruciales, que le permitirá relatarlos e interpretarlos causalmente. Es tarea del autor, pues, convencernos de que no ha sido mero testigo, sino testigo privilegiado. Al valor intrínseco de su asunto se añadirá el conocimiento especial que tiene de él, el cual le permitirá brindarnos información verídica de cosas que ninguna

otra persona vio. Bernal Díaz debe, pues, trabajar ahora otra faceta de su persona narrativa y presentarse como aquel que mejor conoce la tierra y sobre todo como aquel que ha obtenido la información de primerísima mano, gracias a la atalaya privilegiada desde la cual ha podido observar los hechos y a sus actores. Examinemos cómo lo logra.

1.3.1. *El primer descubridor*

Bernal Díaz reclama para sí la calidad de primerísimo descubridor, con lo cual se erige en testigo único de hechos muy tempranos, tales como las dos primeras expediciones a la Nueva España, superando, en este punto al menos, a todos los capitanes y al mismo Cortés. Esto queda establecido en el prólogo, en el estilo reiterativo que se hará clásico en los últimos diez capítulos:

...porque yo soy el que vine desde la isla de Cuba de los primeros [...]. Digo que ningún capitán ni soldado pasó a esta Nueva España tres veces arreo, una tras otra, como yo; por manera que soy el más antiguo descubridor y conquistador que ha habido ni hay en la Nueva España, puesto que muchos soldados pasaron dos veces a descubrir [...], mas no todas tres veces arreo, porque si vino al principio con Francisco Hernández de Córdoba, no vino la segunda vez con Grijalva, ni la tercera con el esforzado Cortés... (i: 3).

Incluso Cortés se servirá de esta calidad de Bernal Díaz de ser "primer descubridor":

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos, y nos preguntó qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían: Castilán, Castilán [...], y nosotros se lo tornamos a contar según y de la manera que lo habíamos visto y oído... (xxvii: 43).

Aunque su calidad de descubridor primigenio ha sido seriamente puesta en duda (Wagner, Sáenz de Santa María), Bernal Díaz insiste constantemente en ella. Al pasar por ejemplo cerca de Potonchán, donde los desbarataran con Hernández

de Córdoba, nos dice que "...muchos de los soldados que nos habíamos hallado en aquellas batallas se lo suplicamos [a Cortés] que entrase dentro y no quedasen sin buen castigo..." (xxx: 49).

Para reforzar estas afirmaciones, Bernal se sirve una vez más de la variación de punto de vista, cediéndole la palabra a un tercero y creando la ilusión de objetividad. Así, nos relata que Orteguilla, el paje, había dicho, nada menos que a Montezuma, "...que vine dos veces a descubrir esta Nueva España primero que Cortés..." (xcvii: 189) y que, en vista de este hecho, el emperador de los aztecas lo favorece con oro, mantas y una india noble. Si Montezuma da este hecho por verdadero, difícilmente nos atreveríamos nosotros a ponerlo en duda.

1.3.2. *Participante en hechos cruciales*

Igualado por progenie a los caballeros de calidad, Bernal Díaz se les une, a lo largo de su obra, en sus acciones. Hallamos así su nombre a la zaga de las enumeraciones de los "grandes", quedando de esta manera en la inmejorable posición de testigo y partícipe de los momentos decisivos de la conquista. Cuando Cortés da comienzo al sitio de México, yendo a defender a los de Chalco, "...fue en su compañía Pedro de Alvarado y Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid [...], y yo fui entonces con el mismo Cortés, porque me mandó que fuese con él..." (cxliv: 311).

Durante el fragor de la batalla, en medio del sitio de Tenochtitlan, los mexicanos le arrojan las cabezas de hombres, diciéndole que eran "...del Tonatio, que es Pedro de Alvarado, y Sandoval y la de Bernal Díaz y de otros teules [...]. Entonces diz'que desmayó mucho más Cortés..." (cliii: 350).

Tan conocido parece ser Bernal Díaz, que cuando Ponce de León interroga a Cortés sobre la suerte de los hombres que dejó atrás en las Hibueras, "...preguntó por el capitán Luis Marín y por muchos soldados y por mí..." (cxci: 508).

Su participación en hechos decisivos es constante: Bernal Díaz sube al alto Cu cuando Montezuma lleva allí a Cortés y algunos de sus hombres (xcii); está entre los que apresan

a Narváez (cxxii), quedando encargado de guardar al prisionero; acompaña a Cristóbal de Olid a guardar los maizales que daban de comer al ejército (cxxxix: 292); quiebra los caños de Chapultepec (cl: 333) y llega primero a Tlatelolco con la compañía de Alvarado (clv: 364), entre otros hechos. Su presencia, además, cobra papel protagónico en dos de los momentos más dramáticos de la acción principal; el primero, cuando vienen a buscarlo a su tienda para que presente su apoyo en el alzamiento de Cortés como capitán general (xlii: 71-73), el segundo, cuando los españoles apresan a Montezuma: "Llevó consigo Cortés cinco capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, y Francisco de Lugo y Alonso de Ávila y a mí..." (xcv: 182).

1.3.3. *Hombre de confianza de Cortés*

Ha quedado, pues, sentado que nadie pudo haber estado en mejor posición que Bernal Díaz, actor de los hechos más decisivos de la conquista. La participación de un soldado en hechos de tal importancia se nos hace creíble al considerar las cualidades especiales que éste ha demostrado tener y el puesto de privilegio que reclama ocupar como uno de los hombres de confianza de Cortés. Así, en un momento crucial de la acción, "...apartaron a Cortés en la iglesia cuatro de nuestros capitanes y juntamente doce soldados de quien él se fiaba y comunicaba, y yo era uno de ellos..." (xciii: 178).

Para echar una celada a los mexicanos Cortés requiere

...hasta treinta hombres de a caballo y cien soldados, los más sueltos y guerreros que conocía [...], y en aquel día no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Alvarado, por causa que Cortés me envió a mandar que para la celada fuese a su real... (clv: 365).

Luego de la caída de México, Cortés trata de convencerlo de que se quede con él:

...fui a hablar a Cortés que me diese licencia para ir con Sandoval, y me dijo: "En mi conciencia, señor Bernal Díaz del Castillo, que vivís

engañado, que yo quisiera que quedárades aquí conmigo... (clvii: 378).

Desea, incluso, que lo acompañe en su viaje a España: "...y me rogó a mí que fuese con él y que en la Corte demandaría mejor mis pueblos..." (cci: 549).

Pero Bernal Díaz no sólo reclama ser el hombre de confianza de Cortés, sino de varios de los capitanes. Cristóbal de Olid, "como era yo su amigo", permite que lo acompañe en una expedición a buscar agua (cxlv: 317-18). Sandoval, "como me tenía por amigo", dice loas de él a Cortés (clii: 354); más aún, lo tiene en su confianza; al haber sido apresado Narváez, "...secretamente me mandó que no dejase hablar con él a ninguno de los de Narváez hasta que amaneciese..." (cxxii: 240). Los ejemplos se multiplican.

1.3.4. *Regidor, visitador, procurador, encomendero*

Las cualidades que Bernal Díaz se ha preocupado por hacer resaltar son confirmadas por los cargos que ha ocupado a lo largo de su vida y que le dan acceso a eventos históricos y a información de primera mano. Así nos dice que va a Castilla con grandes lutos "como regidor de la villa de Guazacualco y conquistador más antiguo" (cci: 549) y que es a él a quien entregan el hierro de rescate, "como regidor más antiguo y persona de confianza..." (ccxiii: 601). Estos cargos lo colocan en una posición privilegiada para conocer la tierra y la gente, como uno de los "visitadores generales de las dos villas, que eran Guazacualco y Tabasco..." (ccxiii: 601), cargo que le otorga, junto a otros, la Audiencia de México. Le permiten participar desde dentro en el debate sobre la perpetuidad de la encomienda y defensa de la esclavitud; como "procurador síndico de la villa de Guazacualco" (ccxiii: 602) viaja constantemente a México, y participa, como procurador general, en las Juntas de Valladolid:

...entonces se juntaron en la corte don fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y don Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, y

otros caballeros [...] y ciertos hidalgos [...] y juntamente con ellos a mí me mandaron llamar como a conquistador más antiguo en la Nueva España... (ccxi: 587).

Dentro de esta línea de autoacreditación, y como prueba de su importancia, están las cédulas de encomienda que le fueron depositadas, las cuales no deja de mencionar en la *Historia verdadera*: "...me depositó aquel pueblo [Chamula] el capitán Luis Martín..." (clxvi: 427). También se refiere a "...otros pueblos que se dicen Tecomayate y Teapán [...] y estaba a mí encomendada..." (clxvi: 428) y a "...los pueblos de mi encomienda [...] Teapa y Tecomajiacá..." (clxxv: 464).

1.4. El *effet de réel*

Hemos observado cómo Bernal Díaz acredita su posición de testigo privilegiado a través de distintos medios "objetivos": testimonio de terceros, cargos ocupados, encomiendas recibidas. Sin embargo, para probar de manera incontestable su haber estado allí, el autor hace uso de otro recurso. A lo largo de los años, la verborrea de Bernal Díaz y la irrelevancia de mucho de lo que nos cuenta ha sido siempre comentada por los críticos. Este rasgo tan característico del narrador de la *Historia verdadera* ha irritado a más de un historiador. Sus defensores, por otra parte, se han visto obligados a encontrar una causa a tanto detalle y cuento inútil y han aducido principalmente la vejez y la rudeza del autor, cuyo método de composición sería una especie de "escritura automática" o un "monólogo interior" exteriorizado. Nosotros vemos este abrumador lujo de detalles, la mayor parte de las veces innecesarios, cuando no redundantes, como la última prueba que Bernal Díaz nos brinda de que estuvo verdaderamente allí. La información con que nos abruma es, la mayoría de las veces, históricamente irrelevante, pero está conformada por detalles que sólo pudo conocer aquel que verdaderamente participó en los hechos. Este derroche de datos, que a veces se duplican o triplican, no es gratuito, sino que cumple una función muy precisa dentro del cuadro de la

autoacreditación: erige al autor en una especie de "técnico" que no sólo lo sabe todo, sino que lo sabe mejor que nadie.

Roland Barthes estudia en un conocido ensayo¹⁰ estas *notations scandaleuses* que parecen responder a "*une sorte de luxe de la narration*" y que entran dentro del ámbito de la descripción:

La notation insignifiante [...] s'apparente à la description, même si l'objet semble n'être dénoté que par un seul mot [...]. La description [...] n'est justifiée par aucune finalité d'action ou de communication... (Barthes 82).

El carácter singular de la descripción (o del detalle inútil), no justificada por la necesidad de desarrollo de la acción ni por la finalidad comunicativa, provoca, según Barthes, una de las principales preguntas dentro del análisis estructural del relato:

...tout, dans le récit, est-il signifiant, et sinon, s'il subsiste dans le syntagme narratif quelques plages insignifiantes, quelle est en définitive, si l'on peut dire, la signification de cette insignifiance?... (Barthes 83).

Barthes encuentra justificación para este *remplissage* en el discurso histórico:

...ce même "réel" devient la référence essentielle dans le récit historique, qui est censé rapporter "ce qui s'est réellement passé": qu'importe alors l'infonctionnalité d'un détail, du moment qu'il dénote "ce qui a eu lieu": le "réel concret" devient la justification suffisante du dire. L'histoire (le discours historique: historia rerum gestarum) est en fait le modèle de ces récits qui admettent de remplir les interstices de leurs fonctions par des notations structurellement superflues... (Barthes 87).

Suponemos, sin embargo, que Barthes tiene en mente las historias de Michelet o de Gibbon, y no la de Bernal Díaz del

¹⁰ Roland Barthes, "L'effet de réel". En este artículo no seguimos la tesis principal de Barthes, a saber, que esas notaciones inútiles prueban la no referencialidad del discurso, y nos servimos simplemente de su idea de la descripción como *effet de réel*, enfocándola desde el punto de vista de la estrategia persuasiva de Bernal Díaz.

Castillo, donde este *remplissage* llega a tales dimensiones, que compite a veces con la *narratio*. En la *Historia verdadera* la sobre-información encuentra su justificación, no tanto por estar narrando *ce qui a eu lieu*, sino por demostrar que *c'est moi qui l'ai vecu*.

El autor conoce los usos y costumbres de los naturales:

...y lo que yo vi y entendí después el tiempo andando, en aquellas provincias y otras tierras de la Nueva España se usaba enviar presentes cuando se tratan paces, como adelante verán... (xi: 21).

Y conoce asimismo su lengua. No sin sorna nos cuenta cómo Yucatán recibió tal nombre, por confusión de los españoles, cuando "en su lengua [de indios] no se dice así" (vi: 13) —error que corrige a Diego Velázquez cuando éste le pregunta si desea volver allí: "y riéndome le respondí que quién le puso nombre Yucatán, que allá no le llaman así..." (ii: 15).

Nadie mejor que Bernal Díaz conoce las propiedades de la tierra, su riqueza mineral: Melchorejo y Julianillo "decían que había mucho [oro] en su tierra, y no le dijeron verdad, porque claro está que en la Punta de Cotoche, ni en todo Yucatán, no hay minas de oro ni de plata" (vi: 13), lo mismo que su fauna:

...y aún tenían faisanes, que en estas tierras se llaman *sacachules*, y perdices de la tierra, y palomas. Y esto de tener perdices de esta manera yo lo he visto y hallado en pueblos que están en comarca de éstos del Golfo Dulce, cuando fui en busca de Cortés, como adelante diré (clxxx: 480).

Ningún español recién llegado podría saber cómo se cruzan los caballos a través de un caudaloso río, pero Bernal Díaz sabe y nos explica que

es de esta manera: en las canoas, remando, y los caballos, de cabestro, nadando junto a las canoas, y con maña y no dar mucho largor al caballo porque no se trastorne la canoa (clxviii: 478).

Ni tampoco saben los recién llegados proporcionarnos información de primera mano sobre los cortesanos del gran Montezuma; pero: "Y ya ido Tendile, alcanzamos a saber que, después

de ser indio de grandes negocios, fue el más suelto peón que su amo Montezuma tenía" (xxxviii: 65).

El conocimiento profundo de los hechos de la Nueva España y del terruño lo colocan en una posición privilegiada e inaugural. Es desde esta perspectiva que Bernal Díaz derrocha sabiduría, compartiendo con nosotros lectores, peninsulares/extranjeros, esos conocimientos que adquirió durante toda una vida en Indias y que le dan la autoridad para tomar la palabra. Así, este primer criollo nos explica los usos de los españoles naturalizados:

...se nombraba el oro de quilates *tepuzque*, que quiere decir en lengua de indios cobre; y ahora tenemos aquel modo de hablar, que cuando nombramos algunas personas que son preeminentes y de merecimientos decimos el señor don fulano de tal nombre [...], y otras personas que no son de tanta calidad les decimos su nombre, y por haber diferencia de los unos a los otros, decimos fulano de tal nombre *Tepuzque* (clvii: 377).

La *Historia verdadera* toda está plagada de estos detalles inquietantemente inútiles, que carecen de función estructural y cuya justificación no se encuentra en su valor histórico-documental. Página tras página, se nos dan los nombres, tanto españoles como indios, de los pueblos, descripciones meticulosas de los objetos rescatados, distancias exactas entre pueblo y pueblo; se nos dice que Cortés juraba por su conciencia, que era devoto de San Pedro, y cuándo se purgaba; se nos proporcionan cantidades de nombres de soldados y sus calidades, número de indios, heridos y muertos en las batallas; se nos explica *ad nauseam* qué cosa es una piragua y qué un cacique —en una palabra, toda información que sólo alguien que vio y vivió los hechos pudo haber obtenido. La notación estructuralmente inútil cumple pues una función muy clara dentro de la estrategia persuasiva del autor.

Conclusión

A pesar de su preocupación constante por acreditar su narración con documentos y testimonios de terceros, Bernal Díaz,

consciente de lo endeble de su posición, suele caer en el "esto es así porque así lo digo yo". Como lectores, creemos en principio a todo narrador que no nos dé razones para desconfiar de él: el autor de la *Historia verdadera* sabe que, en última instancia, su credibilidad reposa en su capacidad de lograr que el público se identifique con él y en imponer su autoridad de narrador. Por eso, Bernal Díaz trabaja simultáneamente en dos frentes, táctica que mantiene a lo largo de toda la obra. Por una parte, establece su probidad y su papel protagónico en los hechos. Por otra, se convierte en el mejor amigo del lector y manipula a través de su escritura nuestras reacciones ante los hechos, poniéndonos de su parte. En última instancia, le creemos porque confiamos en él. Bernal Díaz, como "Fielding" en *Tom Jones* o Cide Hamete Benegeli, es un compañero de jornada extraordinario. Nuestro afecto y simpatía por estos narradores crece a medida que el libro avanza, y al final quedamos tan fascinados por el narrador como por la historia que hemos escuchado. Al terminar el libro, deseáramos que de alguna manera el narrador fuera un amigo nuestro, y cuando releemos su historia lo hacemos en gran parte por el puro placer de reencontrarnos con él. Esta última reflexión puede tacharse de impresión personal; pero ¿cómo explicarnos, si no, que, dentro de la crítica bernaldiana, sólo los anglosajones lo llamen "Díaz" a secas, mientras que la mayoría de los críticos suele llamarlo Bernal, cuando no "nuestro Bernal"? ¿Quién osaría llamar "nuestro Antonio" a Solís? En conclusión, creemos la versión que Bernal Díaz nos da de los hechos, porque, gracias al entramado de acreditación que se ha preocupado en tejer, nos ha probado ser digno de nuestra confianza y se ha ganado nuestra amistad.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARISTÓTELES. *Retórica en Obras*. Ed. Francisco de P. Samaranch. 2ª ed. Madrid: Aguilar, 1977.
- BARTHES, ROLAND. "L'effet de récl." *Littérature et réalité*. Paris: Seuil, 1982. 81-90.
- CASAS DE LAS, BARTOLOMÉ. *Historia de las Indias*. Bibl. de Autores Españoles. Vol. 95. Madrid: Atlas, 1957.

- CHANG-RODRÍGUEZ, RAQUEL. *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1982.
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. Joaquín Ramírez Cabañas. México: Porrúa, 1983.
- . *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España escrita por el capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores. Sacada a la luz por el P.M. Fr. Alonso Ramón, predicador y cronista general del orden de nuestra Señora de la Merced*. Madrid: Imprenta del Reino, 1632.
- FORCIONE, ALBAN. *Cervantes, Aristotle and the Persiles*. Princeton: Princeton University Press, 1970.
- FRANKL, VÍCTOR. "La verdad de lo visto y lo vivido." "El Antojovio" de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y el manierismo. Madrid: Cultura Hispánica, 1963. 82-101.
- IGLESIA, RAMÓN. "Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la historiografía española." *Tierra firme* 1.4 (1935): 5-18.
- LAUSBERG, HEINRICH. *Elementos de retórica literaria*. Madrid: Gredos, 1975.
- MIGNOLO, WALTER. "El metatexto historiográfico y la historiografía indiana." *Modern Language Notes* 96 (1981): 358-402.
- . "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista." *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Cátedra, 1982. 57-116.
- MUNTANER, RAMÓN. *Chronica o Descripcio dels fets e hazanyes del inclyt rey don Jaume Ier., rey d'Arago....* Valencia: Viuda de J. Mey Flandro, 1558.
- NELSON, WILLIAM. *Fact or Fiction. The Dilemma of the Renaissance Storyteller*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1973.
- RILEY, E. C. *Cervantes's Theory of the Novel*. Oxford: Oxford University Press, 1962.
- SÁENZ DE SANTA MARÍA, C. *Historia de una historia*. Madrid: CSIC, 1984.
- WAGNER, HENRY. "Bernal Díaz del Castillo." *Hispanic American Historical Review* 25 (1945): 155-211.
- WARDROPPER, BRUCE W. "Don Quirote: Story or History?" *Modern Philology* 63 (1965): 1-11.
- ZORITA, ALONSO DE. *Historia de la Nueva España*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1909.